



"Sólo es que los aztecos, sin ser propiamente canchales, tenían la costumbre de celebrar sus victorias devorando vivos a los prisioneros. Costos apropiados de este modo del valor, la fuerza y demás virtudes guerreras de sus víctimas". ¡Dioses! pues, no lo sabíamos, hay que confesarlo. Menudos antropólogos que nos espican ahora nuestras cosas...

Toda vez que se lee historia y sobre todo historia de Chile —leemos poco de ella, también hay que confesarlo— se descubre cosas, algunas inconcientemente percibidas. Por ejemplo, no muchos saben que el abuelo de Lord Byron estuvo en Chile y escribió sobre las tertulias de la época. Tampoco saben que el Padre Lacunza, despreciado, escribió una "interpretación heretodoxa del Apocalipsis", libro que, tras decirlo al inglés, inglés e italiano no pasó a Roma, la cual lo puso en el Index. Los eruditos antes poseían estas corceles y basados en sus doctrinas "fundaron" una secta religiosa que aún perdura en Inglaterra, USA, Alemania y Francia... ¿Y saben que hubo ya un leonista en aquel siglo, D. Bernardino Rodrigo González, Obispo de Santiago, leónico honra? En la traducción que acompañó a D. Pedro de Valdivia, y a quien "viejos indios acusan de haber enseñado a leer a Inés Suárez (Solar C. insiste siempre la particularidad "de" sin explicar por qué), acción vivisible en aquel tiempo en que se atribuyó a la instrucción leonesa perniciosa consecuencia?"

También se va descubriendo cómo, a medida que aparecen nuevas generaciones de hispanófilos, la interpretación de los hechos del pasado va cambiando, particularmente respecto de la objetividad sobre ellos, hoy con-

siderablemente descontrolada, tanto por el bagaje mayor de cultura, como por la distancia en el tiempo que permite mirar, apolitar, relacionar sin "compromiso".

Eduardo Solar Correa es un escritor de incógnita seriedad. Sin embargo, la parte de este ensayo histórico (1) que más atrae es la de la Conquista, tema en cuyo desarrollo pone real vigor en la forma. Posee también otra virtud valiosa en alto grado: el poder de síntesis que le permite en pocas líneas plágnas presentar una imagen muy completa de las características fundamentales de la Colonia chilena. Durante y después de la independencia se creó una imagen bastante sombria de esa Colonia, a la que se añadieron los prejuicios políticos y religiosos del siglo XIX, "hasta el punto de no distinguirse sino una sola indome e indocifrarle más macho gris".

Para comenzar, resume Solar aquí el asunto que en los tiempos de nuestro siglo ha venido creando respecto de aquellos españoles que se aventuraron por estas tierras, tan justamente llamados "el cabo del mundo". El

consejo de aquellos hombres para venir a enfrentar no sólo al indio más bravo y fiero sino a "una naturaleza grandiosa y hostil" dirían que, intrascendente, deja con la boca abierta. Sus medios de comunicación con el mundo que dejaban atrás eran nulos; su protección de guerra no profesional; se modelan de modernidad. Bien lo expresa Solar al decir: "Tres hombres de bien, Pedro de Valdivia, Francisco de Villagra y don García Hurtado de Mendoza fueron precisos para tamaña empresa, y sólo sus milagros —la energía humana puede llevarla a cabo con tan pocos medios". Porque, por muy aventureros que estos hombres fueran, sin el respaldo de una Intrepidez así suicida, no hubieran podido realizar la empresa que realizaron: "sin caudales para cabalgaduras (...) con arcabuces indios en la mayor parte de los casos; refrigerio cuerpo a cuerpo en que la lanza o delgada hoja de Toledo debían batirse con diez o veinte terribles "mascasas" grandes y pesadas como troncos. Si venían, a pocos palmos de allí caían peribollos otra tribu en armas (...) si con venidos espantados algo peor: una muerte lenta, ator, verdadero suplido danzoso".

La imagen de Francisco de Aguirre con la mano agrostada apretando la lanza de que se valió durante todo un día de pedra, muestra la vida de aquellos hombres, "nos dice la recia tradición a que estuvieron sometidos sus nervios y su voluntad de vencer y de vivir".

Con todo, miremos la otra parte. Los pueblos nativos, des de que se tiene memoria, no han aceptado la invasión y conquista de sus territorios. El odio hacia el invasor es uno de los más fuertes que existen, y mucho más cuando su presencia no es el resultado de una guerra sino del maltrato. Ignoramos si Solar Correa tuvo algún prejuicio antindio. Dada su seriedad, es seguro que no; pero acaso descubrió profundizar psicológicamente la situación del indio. En la página 102 nos informa que "cerca o casi todos los escritores de alguna entidad (...) fueron españoles o descendientes de españoles. El indio y el mestizo —el mestizo de primeros años— fueron, en cambio, a la amoralidad e feroz agresivo (...) un shoblo después por todo esfuerzo especulativo". Pensamos, ¿quería el indio tomar nada de quien lo sojuzgaba? Cuanto al mestizo, sabido es que su situación es la

peor de todas: odia, por partes iguales, al blanco y al indio (existen en México escritos escritos sobre la psicología del mestizo, que confirman el asunto). Cierto es que en la pág. 112 vemos que ya en 1700 se fundó en Chillán un colegio para los indios, regentado por jesuitas y luego por franciscanos, cuyo costo se dividía —! de la Universidad de San Felipe. Sus frutos fueron magros. La razón, insistimos, es el odio al invasor. Los pueblos indígenas de cultura más avanzada demuestran que terminan por desleal a él mismo. No olvidemos además que había aquí, entre el Maule y Rio Biobío, un millón de indios, según Thayer Ojeda, cuya única ocupación era la guerra. No se cambió el carácter físico de la noche a la mañana, menos el muy primitivo.

Pero entremos a la Colonia, aunque no puede decirse que la Conquista europea "terminada". De verdad, los indios no crieron en cuatro siglos. Después de Valdivia con todas sus tormentas vicisitudes, y de Villagra, llega a Chile "el imberbe" don García Hurtado de Mendoza, "con un hacedo séquito de buenos capitanes, letrados, monjes y jóvenes hispanófilos". Vienen con él don Alonso de Ercilla, en jefe de Felipe II, Pedro López de Legazpi, noble alemán, y Francisco Trasluzán ambos a su vez capitanes de Carlos V. Venían también varias familias españolas "que mejoraron las condiciones de vida". Este hecho fue pasajero. La guerra con los aborígenes terminaba por absorber el tiempo, las mentes y los bienes. Así, "en la zona que D. Alonso de Ercilla hubo de escribir muchas de sus crónicas en tiras de cuero u otros elementos". Como sea, y pese a las brutalidades que toda guerra lleva en sí, este siglo de la primera Colonia es moralmente superior al que le sigue, cuya relación se extendió por la sociedad entera, incluido, y de modo notorio, el clero. Cabe aquí una digresión. Muchas veces hemos tratado de penetrar las contradicciones comportamentales de la Iglesia en la vida de los pueblos. Nada más negro al clero su decisivo papel en la conservación de los rasgos culturales de la humanidad, no menos que en la difusión de sus concepciones. Allí donde triunfa el analfabetismo acudieron siempre a poner su esfuerzo y su voluntad por erradicarlo. En la América Latina todos los pequeños conatos de cultura los son débiles, sin excepción. Y bien, esta generosa preocupación por los rasgos se detiene de golpe en cuan-

to se trata de imponer nuevos conocimientos que no tengan origen más o menos divino. La historia es larga en hechos, desde Guillot hasta la actual planificación de la familia. A la larga siempre y también sin excepción han debido ir codicando, sea acomodando las Escrituras, sea en franca renovación de sus doctrinas, o sea, como afirman algunos, en aras de sus intereses no espirituales, que son cuantiosos. Nuestra intención de comprender no ha tenido éxito. Pero seguimos.

A Solar, aquella época le recuerda el romanticismo italiano "en lo que tuvo de desonismo y desorden". Cuento al clero, dice Miguel L. Amundrigo que andaban "amozonados y tirándose muchas patufaldas (sic), arrojándose y pateándose unos a otros". Otro detalle curioso es que hasta mediados del siglo existió una absoluta separación entre españoles y criollos; había leyes "que prohibían cualquier línea de parentesco entre los hijos funcionarios peninsulares y sus súbditos nativos", leyes que las nuevas y "coloniales" costumbres hicieron desaparecer. En fin, ciertos germanos llevarían "guadalupe" "desembarcando en las intrincadas playas leoneras". No sabemos, pues, aquí acortados de los hispanos. Puede notarse, sin embargo, que así que bien, la intención avanza. Se fundan las Universidades Pontificias. Como a escritores, aparecen los dos primeros y únicos de ese siglo de que vale hacer mención: Alonso de Ovalle y Francisco Pineda y Bascuñán. No es mucho, en verdad.

Sobre la tercera Colonia el autor se extiende principalmente en la instrucción. Hubo un famoso Colegio Gaspar de donde se formó "la flor y nata de la juventud" que más tarde haría la revolución de la Independencia. Allí había que atender a los alumnos "con amor y benevolencia", regaba el estudiante, lo que no impedía que "las culpas de mayor consideración se representaran en los monjes y que no curasen sus lagas, con azotes, a los monjes y religiosos, con cepo".

Algo más florece en este siglo XVIII la literatura. Hay poetas y se cultiva la poesía representativa. Así un padre dominico llamado López, queriendo hablar a sus enemigos, escribió la siguiente sátira quintilla:

Tres cuartos para los tres  
ha dado el rey venico,  
y la que me admira es,  
que siendo reylo trató  
de cuartos sin interés.

Muchísimo más puede explicarse en este libro que, como todos los de su autor, se lee con atención sostenida. Excelente escritor y muy acendrada personalidad, se lamentará siempre a primera desparición.

(1) "Los Tres Cuartos", extracto del libro de Edouard Solar Correa, Edición Francisco de Aguirre, Buenos Aires Santiago, segunda edición 1976.

# Desde el pasado [artículo] M.C.G.

Libros y documentos

## AUTORÍA

M. C. G.

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Desde el pasado [artículo] M.C.G.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile